

Teólogos Modernos

Enrique Neira, S.J.*

AMOR, SEXO Y FEMINISMO EN TEILHARD DE CHARDIN

“Así como no se puede prescindir de la luz, del oxígeno, de las vitaminas, el hombre —todo hombre— no puede prescindir de lo femenino. Es una evidencia que aparece cada día más irresistible”
(TEILHARD, Le coeur de la Matière, 1950).

Toda la obra teilhardiana puede entenderse como un esfuerzo por captar en su raíz la realidad multiforme del amor, harrando su historia y destacando su valor. Para T. “El amor construye físicamente el universo”. Hay una “atracción interior y universal” que busca conducir el universo a alcanzar el primer amor. De éste irradia y hacia él refluye, en definitiva, la energía esencial del mundo (1).

El pensamiento de T. puede resumirse en forma sencilla y persuasiva en su frase: “El amor, tanto como el pensamiento está siempre en pleno crecimiento en la Noosfera”. Pero el amor del que trata T. desborda infinitamente la función creadora, tal que el hombre no será hombre más que el día en que la haya no abatido, sino transformado, utilizando, liberado” (2).

Es interesante observar cómo el modelo del magnetismo es central en la reflexión teilhardiana. T. ha tomado de la Física dicho modelo y lo aplica a su Hiper-

* Doctor en Teología. Estudios de postgrado en Ciencia Política. Director del Dpto. de Ciencias Religiosas, Universidad Javeriana. Este artículo es el capítulo 17 del libro de próxima aparición: “Del átomo a Omega: Teilhard de Chardin”.

(1) El Fenómeno humano 316-321; La Energía humana, 35-37.

(2) *Utilizamos a lo largo del capítulo reflexiones de varios autores como: J. ROF CARBALLO, “Sobre la idea de amor en Teilhard”, En torno a Teilhard, Taurus, Madrid, 1969, pp. 37-51; P. CHAUCHARD, Teilhard, testigo del amor. Ed. Columba, Buenos Aires 1968; R. L. FARICY, Teilhard de CH: Teología del cristiano en el mundo, Verbo Divino, Pamplona 1970, Págs. 22-231; H. DE LUBAC, El eterno femenino, Sígueme, Salamanca 1969.*

física (3). Considera al amor como una "energía" que trabaja a los seres desde el nivel puramente físico hasta los altos niveles espirituales y sobrenaturales, y utiliza por ello los términos "atracción", "afinidad", "repulsión" y semejantes.

I. EL AMOR, ENERGIA COSMICA Y PERSONALIZANTE.

Para Teilhard "El amor es la más universal, la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas". No basta, pues, estudiar sus aspectos biológicos, morales, psicológicos y sociales, desde el nivel de un "empirismo elemental en que el que se encuentran las influencias de concepciones caducas sobre la materia y los antiguos tabúes". Hay que tratarlo con entera franqueza y en sus dimensiones auténticas.

A partir de 1931 Teilhard se dedica durante una década a sacar a la luz una fenomenología científica del amor como energía de la evolución. Describe el amor como la más fuerte, la más universal y misteriosa de las energías cósmicas. La energía cósmica del amor es, en su esencia, la atracción que ejerce sobre cada uno de los elementos del universo el término universal de la evolución, el Omega. El amor es la energía psíquica primitiva y universal (4). Desde esta perspectiva cósmica el amor existe en todos los niveles del universo. En sus formas más primitivas es difícil distinguirlo de las fuerzas moleculares. Después, a lo largo del proceso evolutivo, tiende a identificarse con las funciones reproductivas. Con la aparición del hombre, el amor entra ya en el campo de la conciencia reflexiva, de lo espiritual. El amor es una reserva sagrada de energía; es la sangre de la evolución espiritual (5).

(3) *No hay en ello nada de extraño. Los modelos se toman generalmente del área de lo que se conoce mejor, como ayuda para comprender lo que se conoce menos bien. Cfr. Max BLACK, Models and Metaphors, Ithaca, N.Y. 1962, p. 232-233.*

(4) "El espíritu de la tierra", 1931, en EH, pgs. 35-36.

(5) EH 36-37.

En el artículo "Esbozo de un universo personal", desarrolla Teilhard este punto de vista en un análisis tripartito de un razonamiento muy matizado sobre el amor humano (6). Partiendo del amor sexual, el análisis avanza hacia un amor que Teilhard llama "sentido humano". Se diferencia del amor sexual en que no es exclusivo, sino que se extiende a todos los hombres. En su forma más sencilla, el "sentido humano" se manifiesta en el amor de amistad; en sus formas superiores se muestra en la amistad más amplia, que nace de la adhesión a una causa o proyecto común, en el patriotismo, en un sentido de la unidad del mundo. En la tercera etapa de su análisis, Teilhard considera el "sentido cósmico", que es la "afinidad" más o menos indeterminada que nos llega psicológicamente al todo que nos envuelve (7). En la última instancia y fundamentalmente, el sentido cósmico es el amor de Omega, centro de los centros, hacia el que converge la evolución universal.

"En sentido cósmico es un amor y no puede ser más que esto. Es un amor, pues nos lleva hacia un objeto complementario y único de naturaleza personal. Debe ser un amor, puesto que su papel es dominar, consumándolos, el amor del hombre para la mujer y el amor del ser humano para todos los demás seres humanos. En el cosmos, tal como lo describo aquí, es posible, por muy inverosímil que parezca, esta expresión: amar al universo. Y es, además, en este solo acto, donde el amor puede desarrollarse con una claridad y una potencia sin límites." (8).

(6) "Esbozo de un universo personal", 1936, en EH, pgs. 78-92.

(7) EH 89. Para un análisis posterior y más completo de "el sentido humano", véase "La ascensión del otro", 1942, en La activación de la energía, pgs. 73-78.

(8) "Esbozo de un universo personal", EH 91.

El amor actúa, pues, al modo del "élan vital" bergsoniano, como energía cósmica de evolución. Pero Teilhard le asigna funciones específicas diferentes. Porque el amor es, ante todo, "potencia de enlace inter-céntrico" y opera como tal a todos los niveles del proceso evolutivo, "como expresión y agente de la síntesis". Por lo mismo, el amor es "potencia centralizante". De ahí que, a nivel reflexivo, su función sea la de agente directo de la personalización individual y colectiva en un mundo en vías de convergencia. "Es el amor el que construye físicamente el Universo", actuando como energía "físico-moral de personalización".

El amor, energía de la cosmogénesis, está llamado a desempeñar en el proceso de antropogénesis una función específica de personalización. "En un mundo cuya fórmula es hacia la Personalización por medio de la Unión", resulta evidente que las fuerzas del amor adquieren un lugar preponderante, puesto que el amor es precisamente el vínculo que acerca y une a las personas entre sí". Es decir, a las fuerzas del amor compete la función de personalizar la antropogénesis.

En cada una de las tres etapas, T. muestra que el amor, tanto en el amor sexual como el sentido humano, como el sentido cósmico, es personalizante. Hablando con más precisión, el amor lleva a una forma de unión, y él mismo constituye una forma de unión. Y toda unión verdadera, lejos de confundir los elementos unidos, los individualiza y resalta su identidad. La unión diferencia a los miembros unidos. Así, el amor, puesto que es una energía de unión, es la energía del desarrollo y plenitud personal, la energía de la personalización.

La verdadera unión, la unión de corazón y de espíritu, no esclaviza ni disminuye de ninguna forma a las personas unidas. La unión las personaliza. "En un mundo cuya fórmula es hacia la personalización por medio de la unión, resulta evidente que las fuerzas del amor adquieren un lugar preponderante, puesto que el

amor es precisamente el vínculo que acerca y une a las personas entre sí" (9). La unión verdadera es unión de amor, y éste es el lugar fundamental e imprescindible del amor en la evolución de la humanidad.

"Sólo una unión realizada por amor y en amor (tomando el vocablo 'amor' en su sentido más general y realista de 'afinidad interna mutua'), porque acerca a los seres no superficial y tangencialmente, sino centro a centro, tiene físicamente la propiedad no sólo de diferenciar, sino de personalizar a los elementos que organiza. Lo cual significa que, incluso bajo la acción de las fuerzas irresistibles que la reúnen, llega a los hombres a amarse los unos a los otros en el acto de su acercamiento" (10).

Teilhard completa su análisis del amor en tres ensayos escritos entre 1950 y 1954. En ellos lleva a cabo un hipótesis general del amor como energía señalando la necesidad de que exista algún centro autónomo que sea capaz, estructural y funcionalmente, de inspirar e introducir en la humanidad las energías necesarias de amor y de unanimidad. El razona que "sólo un auténtico super-amor (es decir, sólo la atracción de una auténtica 'su per-persona') puede dominar, por necesidad psicológica, y captar y sintetizar a la masa de todos los demás amores sobre la tierra" (11). Si no existe realmente un centro personal de coherencia universal, es imposible que se dé ninguna unión verdadera en la humanidad totalizada.

El impulso del hombre hacia algo por delante de él "no puede concluirse sin combinarse con otra aspiración, toda-

(9) "La centrología", 1944, en AE 118.

(10) "Las direcciones y las condiciones del porvenir", 1948, en El porvenir del hombre, p. 289.

(11) "Cómo concebir y esperar que se realice sobre la tierra la unanimidad humana?" 1950 en PH 354.

vía más fundamental, que ésta sí descende desde lo alto y de alguien" (12).

Aunque sea de paso, notemos cómo en perfecta lógica, para T. el otro elemento indispensable para la solución del problema del amor universal es la Iglesia. Solamente en la Iglesia, como phylum de amor, un amor universal llega a ser a la vez psicológicamente posible y prácticamente eficaz. Por la Iglesia pasa el eje de la evolución, porque ella es el eje de amor a lo largo del cual la evolución del universo progresa hacia una síntesis final de amor, de unidad y de personalización en Cristo.

"Es innegable que el más ardiente foco de amor colectivo que jamás haya aparecido en el mundo, arde hic et nunc en el corazón de la Iglesia de Dios" (13).

Con los elementos anteriores, estamos ya en capacidad de responder afirmativamente a la siguiente pregunta: "No logra el amor en todo momento a nuestro alrededor, en el matrimonio o en el grupo, la proeza mágica, la proeza considerada contradictoria, de personalizar totalizando?". En pequeña escala se ve suficientemente bien que las uniones o totalizaciones personalizan y perfeccionan la personalidad de quienes componen estas uniones. Pero ¿estamos tan dispuestos a constatar afirmativamente a este segundo interrogante?: "Si el amor consigue esto diariamente y a pequeña escala, ¿por qué no lo podría repetir algún día a dimensiones cósmicas?" (14). Para Teilhard la evolución nos lleva más allá de las simples agrupaciones colectivas humanas que ahora poseemos debido a la influencia de la tierra, la dependencia económica, las relaciones culturales..., etc. Como quiera que

la evolución es una ascensión hacia formas más elevadas de unidad, describe el futuro de la evolución humana como una superpersonalización producida por la intensificación y generalización del amor humano. Al final un elemento no sólo abrazará a otro o a muchos elementos, sino a la totalidad y al Centro que hace que semejante amor no sea una utopía. ¿No hay suficientes razones para considerar la evolución del amor humano como "desarrollándose hasta que abarque la totalidad de los hombres y a la tierra entera"? Teilhard es muy categórico: "Un amor universal no sólo es posible psicológicamente, sino incluso la única manera completa y definitiva que tenemos de amar" (15). Se nos ha dicho con frecuencia: "pensar alto"; el mensaje de Teilhard es "amar alto".

II. EL SENTIDO SEXUAL.

Vale la pena aplicar lo dicho acerca del amor como energía cósmica y personalizante, al primer nivel que Teilhard llama "el sentido sexual".

La tesis de T. consiste en afirmar que, por encima de la función reproductora, entre el hombre y la mujer duerme un poder específico y mutuo "de sensibilización y de fecundación espiritual que pide liberarse en irresistible ímpetu hacia todo lo que es belleza y verdad".

Inicialmente para la humanidad, la sexualidad ha tenido como función dominante asegurar la perpetuación de la especie. Aunque simultáneamente ha llevado al hombre a establecerse sobre "el estado de personalidad". Ahora, cuando avanza el proceso de la noogénesis, la función personalizante de lo sexual tiende a convertirse en el papel primario. Por ello escribe T. (16):

(12) PH 355.

(13) Le Christique, Nueva York, marzo 1955, inédito.

(14) El fenómeno humano, p. 318.

(15) Fenómeno Humano 320. La necesidad de la universalidad englobante del amor puede verse también en Martin BUBER, I and Thou, New York 1958, p. 78-79.

(16) EH 36-37.

“ El hombre y la mujer para el hijo, todavía, y mientras la vida terrestre no haya llegado a la madurez. Pero el hombre y la mujer, uno para el otro, cada vez más y para siempre! ”.

De aquí se desprende un hallazgo importante: no es rigurosamente exacto decir que la malla del Universo es la mónada pensante, en cualquiera de sus formas. “ La molécula humana completa es ya, a nuestro alrededor, un elemento más sintético y, por ende, más espiritualizado que la persona-individuo: una dualidad, que comprende, a la vez, lo masculino y lo femenino “. Es decir, lo humano radical no es la mónada reflexiva, sino la díada afectiva (17).

Por eso T. afirma la necesidad de su actuación para alcanzar la plena madurez humana y espiritual, y lo indispensable que resulta “ cierta influencia sentimental ”, al modo de un catalizador o activador del potencial intelectual y afectivo humano. Como no podemos prescindir de la luz, del oxígeno, de las vitaminas..., tampoco podemos prescindir del otro sexo.

Teilhard no deja a un lado la vertiente ética del asunto. Dentro de la perspectiva se comprende “ la gravedad de las faltas contra el amor ”, en cuanto son derroche energético (“ entrópico ”) de “ las reservas de personalización del Universo ”, el “ egoísmo a dos ”. Tiene por ello una frase patética:

“ Dejemos de lado toda impresión sentimental y todo escándalo virtuoso, pero miremos fríamente, como biólogos o ingenieros, la atmósfera rojiza de nuestras grandes ciudades por la noche. Allí, como en todas partes, la Tierra disipa continuamente, en pura pérdida, su más maravillosa potencia. La Tierra arde al aire libre. Cuánta energía creéis que se pierde en una noche para el Espíritu de la Tierra? ” (18).

(17) EH 140 y 80-81.

(18) EH 37.

No cabe duda, el verdadero amor es una conquista difícil y aventurada. No es una cuestión sencilla, pues el amor es una energía terrible, un potencial formidable, pero ambivalente: levanta o hunde, construye o destruye.

Ni siquiera basta que los amantes se entreguen a su mutuo complemento y personalización. Por su misma dinámica, el impulso amoroso parece conducir a “ Un Universo a dos ”, cerrado, exclusivo y, por tanto, absorbente y empobrecedor. Pero, en realidad, se trata sólo de un espejismo. La ley de personalización lleva a una “ descentralización sobre todo ”: la pareja, sin salir de sí, encuentra su equilibrio en un tercero por delante de ella.

¿Quién es este “ tercero ”? El hijo, sin duda. Pero también una empresa común, un ideal a realizar en nombre del “ Centro ” final Omega. En la perspectiva de una superhumanidad, este Centro aparece como más importante y necesario que el hijo, tanto para la consolidación de su amor como para polarizar su mutua personalización. En todo caso descubrimos que “ el amor es una función con tres términos: el hombre, la mujer y Dios. Toda su perfección y su éxito están ligados a la armoniosa combinación de estos tres elementos ”.

A partir de este “ trinomio ” debe formular la ética amorosa, al igual que la espiritualidad, sus directrices. En primer lugar, es claro que la relación amorosa auténtica es siempre positiva y enriquecedora. Queda bastante claro: “ El mundo no se diviniza por supresiones, sino por sublimación; su santidad no es eliminación, sino concentración de las savias de la Tierra ”. Prescindir del amor en nombre de otro ideal sería una forma de alineación. Precisamente, la dinámica hombre-mujer parte de un “ binomio ” para conducirnos a un “ trinomio ”, esto es, favorece directamente la conquista del mundo y de Dios. No se trata, pues, de suprimir, sino de sublimar. Pero “ sublimar ” significa “ unirse en un algo mayor que uno mismo ”, según la ley general: “ conservación y transformación ”, discontinuidad en la con-

tinuidad, trascendencia en la inmanencia (19).

En esta línea, Teilhard llegó a escribir un ensayo sobre "La evolución de la castidad", en el que reivindica un puesto legítimo a la fecundidad espiritual o lo que denomina "tercera vía": unión por el hijo, pero también unión por la obra, unión por la idea. ¿Por que nó? De hecho, "este uso espiritual de la carne" lo han descubierto y adoptado, "sin pedir permiso a los moralistas, muchos de los genios que han creado verdaderamente". Es más, en la nueva fase de la Humanidad, el amor debe hallarse en vías de "un cambio de estado". Tal vez el hombre esté en vísperas de "descubrir el Fuego" por segunda vez (20). Lo cierto es que "el sentido sexual" apenas ha iniciado —sobre la función personalizante y activadora de energía humana.

III. FEMINISMO Y COMPLEMENTARIEDAD DE LOS SEXOS

El tema de la mujer y del "varón domado", de la liberación femenina y el feminismo están al borde del día, con abundante bibliografía, reuniones y congresos. Está reciente el Año Mundial de la Mujer propiciado por la ONU. Teilhard de Chardin dejó interesantes reflexiones sobre el puesto y el papel de la mujer en la sociedad que compaginan bastante con lo mejor de las corrientes feministas actuales (21).

(19) EH 82-84.

(20) *L' Evolution de la Chasteté* (1933) inédito.

(21) Véase Andre — A. DEVAUX: "Le Féminin selon Teilhard de Chardin" en *La Femme, nature et vocation, Recherches et Débats*, Nr. 45 (1965) 120-138; *Teilhard et la Vocation de la Femme, Carnets Teilhard Nr. 12, Ed. universitaires 1964, traducido al español con el título Teilhard y el destino de la mujer, Ed. Columba, Buenos Aires, 1968.*

T. en varios textos rinde franco homenaje a la mujer, (22) pero lo hace más especialmente en un bello poema en prosa, con simbolismo bíblico, titulado "El eterno femenino" (23) y en un párrafo de "El corazón de la materia", breve autobiografía escrita al final de su vida, en donde recuerda que hacia sus 30 años, se encontró "un día cara a cara con lo femenino" (24).

"A partir del momento crítico en que, dejando a un lado muchos viejos moldes familiares y religiosos, comencé a despertarme y a ponerme en claro verdaderamente a mí mismo, nada se ha desarrollado en mí sino bajo una mirada y una influencia de mujer."

T. tuvo excelentes amistades femeninas que lo enriquecieron personalmente y desempeñaron en su vida — como dice Claude Cuenot— "un papel catalizador eminentemente positivo". Mujeres inteligentes, cultas, promotoras en su tiempo de las ideas feministas y permanentes corresponsales suyas, le merecieron "el homenaje general casi de adoración que brotaba agradecido del fondo de su ser por el calor y el encanto que ellas hicieron pasar gota a gota a la sangre de sus ideas preferidas".

Se destacan entre ellas Ida Treat, quien lo inició en los problemas del marxismo; su prima Marguerite Teilhard Chambon (con el seudónimo de Claude

(22) "Esbozo de un universo personal" (1936) en *La Energía humana*; "Lo femenino y el universo" (1939), conferencia a un grupo feminista y inspiración católica, cuyo resumen se encuentra en el libro de C. CUENOT.

(23) "El eterno femenino" (1918) en *Escritos del tiempo de guerra*, pags. 281-294. Véase el bello estudio y comentario hecho por H. DE LUBAC. *El eterno femenino*, Ed. Sígueme Salamanca 1969.

(24) "Le Coeur de la Matière (1950) inédito.

Aragonnés en Literatura) quien influyó mucho en el ensanchamiento de su pensamiento feminista (25); y Léontine Zanta, la primera mujer que conquistó el grado de doctor en Letras en 1914 (26).

El puesto de la mujer en la evolución del mundo es tan grande para T., que ningún hombre, para su plena realización, puede pasarse sin una presencia femenina. Y la inversa es lo mismo de verdadera:

“Parece indiscutible (de derecho lo mismo que de hecho) que en el hombre —por entregado que se encuentre al servicio de una Causa o de un Dios— no hay posibilidad de acceso a la madurez y plenitud espirituales al margen de alguna influencia `sentimental` que venga a sensibilizar en él la inteligencia y a excitar, al menos inicialmente, las capacidades amorosas. El hombre, ningún hombre, puede pasarse sin lo femenino...” (27).

De esta torma el hombre y la mujer se hallan vinculados ante todo por una necesidad de total complementariedad, y el amor es el que en primer lugar ha de tender a operar “la síntesis necesaria de los dos principios masculino y femenino en la edificación de la personalidad humana” (28). El amor es la condición esencial de la realización de los dos seres a los que une: “El hombre y la mujer, el uno para el otro, cada vez más y para siempre” (29).

(25) *La correspondencia entre ella y T. ha sido publicada en el volumen Génesis de un pensamiento. Véase la nota biográfica que hay allí: pgs. 19-20.*

(26) *La correspondencia cruzada entre los dos ha sido publicada en el reciente volumen Cartas a Leontina Zanta. Hay allí al comienzo una introducción de Robert GARRIC: “El P. Teilhard y la Srta. Zanta”.*

(27) *“Le Coeur de la Matière” (1950), inédito.*

(28) *“Esbozo de un universo personal” (1936), en EH 80.*

(29) *Hacemos nuestro el resumen bien elaborado pro Pierre-Louis MATHIEU, El pensamiento político y económico de Teilhard de Chardin, Taurus, Madrid 1970, pgs. 163-171.*

La realización perfecta de semejante complementariedad supone que ambos se hallan, en el momento de la formación de la pareja, en una situación de igualdad: no hay absorción de uno por otro, sino unión creadora en la que dos seres se juntan y se complementan, a condición de que eviten la pura posesión corporal hedonística o el egoísmo mutuo. Es indudable que la concepción Teilhardiana implica que cada uno de los dos haya alcanzado la mayor realización posible en el camino de su sexo y en lo que a la mujer se refiere que esté emancipada: en una carta escrita desde Pendjab, territorio islámico, Teilhard deploraba la condición de la mujer y concluía que “forzosamente todo esto tiene que desaparecer, y lo antes posible” (30).

La primacía otorgada a la complementariedad de los sexos hace aparecer una nueva imagen de la pareja, en la que el fenómeno de la reproducción adquiere un lugar secundario, como indicamos anteriormente. Teilhard ha caído en la cuenta de la importancia del cambio que se deriva de su concepción, y concretamente, por lo que respecta al cristianismo, que “hasta ahora ha basado en el hijo casi todo el código de (su) moralidad” (31). Pero, sin dejar de insistir en la relación fundamental entre sexualidad y generación en la historia de la vida, piensa que en nuestra época la propagación de la especie humana ha dejado de ser el problema esencial, puesto que se ha dilatado sobre la superficie del planeta hasta la supersaturación: por el contrario, ahora se trata de limitar la natalidad. Además, los progresos de la medicina liberan progresivamente a la mujer de sus funciones genésicas. Es cierto que, durante mucho tiempo todavía, el hijo seguirá siendo el fin primordial de la pareja. Pero esto no impide que vaya realizándose una evolución en el sentido de “una disminución gradual de lo que sigue

(30) *Cartas del 21 Octubre 1935, en Cartas de Viajes 195.*

(31) *EH 80.*

representando todavía (y necesariamente) en lo sexual la dimensión admirable, pero transitoria, de la reproducción" (32). Aventurándose en el futuro, Teilhard llega incluso a prever un "cambio de estado" del amor, en el que lo espiritual dominará a lo físico: "La Vida no se propaga por porpagarse, sino solamente para acumular los elementos necesarios para su personalización. A medida, por tanto, que vaya acercándose para la Tierra la maduración de su personalidad, los Hombres habrán de ir reconociendo que no se trata simplemente de controlar los nacimientos sino que lo que importa sobre todo es dar su plena expansión a la cantidad de amor liberada del deber de la reproducción. Bajo la presión de esta nueva necesidad, la función esencialmente personalizante del amor se irá desprendiendo cada vez más y más de lo que ha tenido que ser durante un tiempo el órgano de programación, "la carne". Sin dejar de ser físico, para seguir siéndolo, el amor se hará más espiritual" (33).

La nueva concepción de la pareja que se desprende de los múltiples estudios psicociológicos actuales sobre el puesto de la mujer en la sociedad moderna no

resulta fundamentalmente diferente de la propuesta por Teilhard. En la obra de la señora Sartin, dedicada a La promoción de las mujeres, pueden leerse líneas semejantes: "Se está comenzando a ver" los problemas sexuales" situados en su justo lugar y "la lucha de los sexos" convertida en algo menos desigual y más leal; el hombre y la mujer dejan de ser antagonistas que tratan de satisfacer sus egoísmos y de poner a salvo sus derechos para convertirse en una pareja equilibrada, en la que cada uno se siente igualmente respetado y responsable, más generoso también, vuelto hacia el hijo y abierto al mundo. No se trata de una visión utópica; muchas jóvenes parejas (...) caminan hacia este destino hacia esta concepción nueva de la familia".

"Porque la familia no es la simple yuxtaposición de dos individuos destinados a procrear. Es algo más, lo mismo en el plano afectivo que en el plano moral y social. Sexualmente, biológicamente, socialmente, el hombre y la mujer son complementarios el uno del otro; son complementarios también en su papel educativo, en su papel de formación de un individuo, de una personalidad moderna" (34).

(32) EH 84.

(33) EH 84.

(34) Pierrette SARTIN, La Promotion des Femmes, Hachette 1964, p. 185.

Love, Sex and Feminism in Teilhard de Chardin

The first numeral of the article analyzes the conception of love in Teilhard, which goes beyond biological, moral, psychological, and social aspects, and which is described as the strongest, most universal and mysterious cosmic energy; something that goes beyond sexual love and human reasoning until it attains a true cosmic meaning. Love in Teilhard — as a centralizing power and a motor energy — plays a personalization role in the process of anthropogenesis.

The second numeral deals with the sexual meaning of love according to the wise French jesuit: love is a duality comprising both male and female aspects, but it is also a function with three entities: man, woman, and God; man, woman, and child; man, woman and common benefit enterprise.

The third part studies feminism and the complementarity of sexes in the works of Teilhard, as well as his personal behavior as a Christian and a religious with respect to female friendship.